

cados que les traian los que arribaban de todas partes, comunicándose los unos á otros. Dicese pues que de los que por fin pudieron volver salvos á sus casas muchos visitaron con el mayor reconocimiento á Eurípides; y le manifestaron, unos que hallándose esclavos habian conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesías, que tenian de memoria; y otros que dispersos y errantes despues de la batalla habian ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar, cuando se refiere que refugiado á uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacian salir; y que despues preguntando á los marineros si sabian los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con solo esto cedieron y les dieron puerto.

La noticia de aquella desgracia se dice haberseles hecho increíble á los Atenienses, por la persona y el modo en que fue anunciada: pues á lo que parece arribó un forastero al Pireo, y entrando en la tienda de un barbero, comenzó á hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debia saberse en Atenas. Oido que fue por el barbero, subió corriendo á la ciudad, antes que ninguno otro pudiera tener conocimiento; y dirigiéndose á los Arcontes, al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habian contado. Siguióse la consternacion é inquietud que era natural; y convocando los Arcontes á junta, le hicieron presentarse en ella; y como preguntado por quién lo sabia, no hubiese podido decir cosa que satisficiera, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron á una rueda, en la que fue atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como habia pasado. ¡Tanto fue lo que les costó creer que á Nicias le habian sobrevenido los infortunios que tantas veces les habia pronosticado!

Marco Craso, cuyo padre habia sido Censor, y habia merecido los honores del triunfo, se crió sin embargo en una casita reducida con otros dos hermanos. Estaban estos casados cuando vivian aun los padres, y todos comian á una misma mesa; lo que parece pudo contribuir no poco á que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los hermanos, tomó en matrimonio á su muger, y de ella tuvo hijos; habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que mas de los Romanos; y con todo cuando ya se hallaba adelantado en edad fue acusado de haber tratado inhonestamente con Licinia, una de las vírgenes Vestales. Licinia fue absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenia esta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio; para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; y de aqui tuvo origen la indicada sospecha; la que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido tambien absuelto por los jueces; pero de la intimidad con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesion.

Dicen los Romanos que á las muchas virtudes de Craso solo un vicio hacia sombra, que era la codicia; pero á lo que parece no era solo, sino que siendo muy dominante, hacia que no apareciesen los demas. Las pruebas mas evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico, y lo excesivo de su caudal; porque no teniendo al principio sobre trescientos talentos, despues cuando ya fue admitido al gobierno ofreció á Hércules la décima, dió banquetes al pueblo, y á cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y sin embargo habiendo hecho para su conocimiento el avance de su hacienda antes de partir á la expedicion con-

tra los Partos, halló que ascendía á la suma de siete mil y cien talentos; y si aunque sea en oprobio suyo hemos de decir la verdad, la mayor parte la adquirió del fuego y de la guerra: siendo para él las miserias públicas de grandísimo producto. Porque cuando Sila, despues de haber tomado la ciudad, puso en venta las haciendas de los que habia proscrito, reputándolas y llamándolas sus despojos; y quiso que la nota de esta rapacidad se extendiese á los más que fuese posible y á los mas poderosos, no se vió que Craso rehusase ninguna donacion, ni ninguna subasta. Ademas de esto, teniéndose por continuas y connaturales pestes de Roma los incendios y hundimientos por el peso y el apiñamiento de los edificios, compró esclavos arquitectos y maestros de obras; y luego que los tuvo, habiendo llegado á ser hasta quinientos, procuró hacerse con los edificios quemados y los contiguos á ellos, dándoselos los dueños, por el miedo y la incertidumbre de las cosas, en muy poco dinero; por cuyo medio la mayor parte de Roma vino á ser suya. Y sin embargo de poseer tantos artistas, nada edificó para sí, sino la casa de su habitacion; porque decía, que los amigos de obras ellos se arruinaban á sí mismos sin necesidad de otros enemigos. Eran muchas las minas de plata que tenia, posesiones de gran precio en sí, y por las muchas manos que las cultivaban; y á pesar de eso, todo era nada en comparación del valor de sus esclavos; ¡tantos y tales eran los que tenia! lectores, amanuenses, plateros, administradores y mayordomos, y él era como el ayo de los que algo aprendían; cuidando de ellos y enseñándoles; porque llevaba la regla de que al amo era á quien le estaba mejor la vigilancia sobre los esclavos, como órganos animados del gobierno de la casa. ¡Excelente pensamiento! si Craso juzgaba, como lo decía, que las demas cosas debían administrarse por los esclavos, y él gobernar á estos:

porque vemos que la economía en las cosas inanimadas no pasa de lucrosa, y en los hombres tiene que participar de la política. En lo que no tuvo razon fue en decir que no debia ser tenido por rico el que no pudiera mantener á sus expensas un ejército: porque *la guerra no se mantiene con lo tasado*, segun Arquidamo; sino que la riqueza respecto de la guerra y los guerreros tiene que ser indefinida: muy distante de la sentencia de Mario; porque como habiendo distribuido catorce yugadas de tierra á cada soldado le hubiesen informado que todavía codiciaban mas; no quiera Dios, dijo, que ningun Romano tenga por poca la tierra que basta á mantenerlo.

Picábase sin embargo Craso de acoger bien á los forasteros, estando abierta su casa á todos ellos, y á los amigos les daba prestado sin interes; pero vencido el plazo exigia con tanto rigor el pago, que la primera gracia venia á hacerse mas inaguantable que habrian sido las usuras. Para franquear su mesa era bastante generoso y popular; y aunque esta no era espléndida, el aseo y la amabilidad la hacia mas apetecible, que hubiera podido hacerla el ser mas exquisita y costosa. En cuanto á instruccion, se ejercitó en la elocuencia, especialmente en la parte oratoria, que es de mayor y mas extensa utilidad; y habiendo llegado á sobresalir en esta arte entre los mas aventajados de Roma, en el trabajo y en el zelo excedió aun á los mas facundos; porque ninguna causa tuvo por tan pequeña y despreciable que no fuese preparado para hablar en ella; y muchas veces repugnando Pompeyo y Cesar, y aun el mismo Ciceron, levantarse y tomar la palabra, él concluia la defensa; con lo que se ganó el afecto, como patrono sólido y diligente. Ganósele tambien con su humanidad y popularidad para con las gentes, pues nunca Craso saludado de un ciudadano Romano, por miserable y oscuro que fuese, dejó de corresponderle

por su nombre. Dícese que fue muy instruido en la historia, y aun algo dado á la filosofía, adoptando las opiniones de Aristóteles, en las que tuvo por maestro á Alejandro, varon dulce y apacible, como se ve en el modo en que permaneció al lado de Craso; pues que no es fácil demostrar si era mas pobre antes de ir á su compañía, ó despues de estar en ella; y siendo el único entre sus amigos que le acompañaba en los viages, para el camino se le daba una capa, la que se le recogia á la vuelta. ¡Esta sí que es paciencia! y se ve que este infeliz no solo no tenia por mala, mas ni aun por indiferente la pobreza; pero de esto hablaremos mas adelante.

Desde luego que Cina y Mario quedaron vencedores se echó de ver que iban á entrar en la ciudad, no para bien de la patria, sino al contrario para destruccion y ruina de los buenos ciudadanos; y por decontado cuantos pudieron haber á las manos todos perecieron, de cuyo número fueron el padre de Craso y su hermano. El mismo Craso, que todavía era muy joven, evitó el primer peligro; pero habiendo entendido que por todas partes le perseguian y andaban solícitos para cazarle los tiranos, acompañado de dos amigos y de diez criados huyó con extraordinaria celeridad á España, donde en otro tiempo habia estado con su padre en ocasion de ser este Pretor, y habia granjeado amigos; pero habiendo observado que todos estaban llenos de rezelo temblando de la crueldad de Mario, como si lo tuvieran ya encima, no se atrevió á presentarse á ninguno; sino que dirigiéndose á unos campos que en la inmediacion del mar tenia Vibio Pacieco, donde habia una gran cueva, allí se ocultó. A Vibio envió uno de sus esclavos para que le tanteara; y mas que ya empezaban á faltarle las provisiones. Alegróse Vibio de saber por la relacion de este que se habia salvado; é informado de cuantos eran los que tenia

consigo y del sitio, aunque no pasó á verle, llamó al punto al administrador de aquella hacienda, y le dió orden de que haciendo todos los dias aderezar una comida, la llevara y pusiera delante de la piedra, retirándose calladamente, sin meterse á examinar ni inquirir lo que habia; y le anunció que el ser curioso le costaria la vida; y el desempeñar fielmente lo que se le mandaba, le valdria la libertad. La cueva está no lejos del mar; y las rocas que la circundan envian una aura delgada y apacible á los que se hallan dentro: si se quiere pasar adelante, aparece una elevacion maravillosa, y en el fondo tiene diferentes senos de gran capacidad, que se comunican unos con otros. No carece de agua ni de luz, sino que al lado de las rocas mana una fuente de abundante y delicioso caudal; y unas hendeduras naturales de las peñas, por donde entre sí se juntan, reciben de afuera la luz; de manera que el sitio está alumbrado por el dia. El que se halla dentro se conserva limpio y enjuto, porque el grande espesor de la piedra no da paso á la humedad y á los vapores, haciéndoles dirigirse hacia la fuente.

Mientras allí se mantenía Craso, el administrador les llevaba todos los dias el alimento, sin que los viese ni conociese; mas ellos le veian, sabedores de todo, y esperando que mudaran los tiempos; y la comida con que se les asistia no se limitaba á lo preciso, sino que era abundante y regalada. Porque Vibio sabia agasajar á Craso con toda delicadeza: tanto que hasta sus pocos años le ocurrieron; y viendo que era muy joven, quiso obsequiarle con los placeres que pide tal edad: pues ceñirse á lo puramente necesario, mas es de quien solo tira á cumplir, que de quien sirve con voluntad. Encaminándose pues á la ribera con dos esclavas bien parecidas, luego que llegó cerca del sitio, mostrando á estas la puerta de la cueva, les dió orden de que entrasen en ella sin

rezelo. Craso y los que con él estaban al ver que allá se dirigian, empezaron á temer no fuese que se hubiera descubierto, ó que se hubiera denunciado su retiro: preguntáronles pues qué querian, y quiénes eran; mas luego que respondieron, cómo se les habia prevenido, que buscaban á su amo que se hallaba allí refugiado, comprendiendo Craso la finura y esmero de Vibio para con él, dió entrada á las esclavas; las cuales permanecieron en su compañía por todo el tiempo restante, dando parte á Vibio de lo que les hacia falta. Dícese que Fenestela alcanzó á ver á una de ellas ya muy anciana, y que muchas veces la oyo referir y traer á la memoria estas cosas con sumo placer.

Pasó allí Craso escondido ocho meses, y dejándose ver desde el punto en que se supo la muerte de Cina, como acudiesen á él muchos de los naturales, reclutando unos dos mil y quinientos, recorrió con ellos las ciudades; de las cuales solo saqueó á Málaga segun opinion de muchos; pero se dice que él lo negaba, y que impugnó á aquellos escritores. Recogió despues de esto algunas embarcaciones, y pasando al Africa se dirigió á Metelo Pio, varon de grande autoridad, y que habia juntado un ejército respetable; pero con todo no permaneció largo tiempo á su lado, sino que habiéndose indispuerto con él, partió en busca de Sila, que le admitió y trató con la mayor distincion. Regresó Sila á Italia de allí á poco, y queriendo tener en actividad á todos los jóvenes que con él servian, les fue dando diferentes encargos; y como enviase á Craso al país de los Marsos á reclutar gente, este le pidió escolta, porque tenia que pasar entre los enemigos; pero diciéndole Sila con cólera: ¡y tanto! pues te doy en escolta á tu padre, tu hermano, tus amigos y tus parientes, de cuyos injustos matadores voy á tomar venganza: corrido é inflamado con semejante expresion, partió

sin detenerse; atravesó resueltamente por entre los enemigos; reunió considerables fuerzas; y en los combates dió pruebas á Sila de su valor. Desde este tiempo y estos sucesos se dice que comenzó su emulacion y contienda de gloria con Pompeyo; porque con ser este de menor edad, é hijo de un padre infamado en Roma, y aborrecido con el mas implacable odio de sus conciudadanos, brilló extraordinariamente, y compareció grande en estos reencuentros; tanto que Sila cuando entraba Pompeyo se levantaba, se descubria la cabeza, y le saludaba con el dictado de emperador: distinciones de que no solia usar ni con varones mas ancianos que él, ni con sus colegas. Quemábase é irritábase Craso con estas cosas, sin embargo de que era justamente postergado, porque le faltaba pericia, y quitaban el valor á sus hazañas las ingénitas pestes que le acompañaban siempre, á saber, su ansia de adquirir y su sórdida codicia: así es que habiendo tomado en la Umbria la ciudad de Tuder, se creyó que se habia apropiado la mayor parte del botin, y de ello fue acusado ante Sila. Luego en la batalla de Roma, que fue la mas encarnizada y decisiva, Sila fue vencido, habiendo sido rechazado y deshechos no pocos de los que estaban á su lado; mas Craso, que mandaba el ala derecha, venció á los enemigos, y habiéndolos perseguido hasta entrada la noche, envió á pedir á Sila cena para sus soldados, y le anunció la victoria; pero en las proscripciones y subastas volvió á desacreditarse, comprando grandes rentas á precio muy bajo, y pidiendo dádivas. En la Calabria se dice que proscribió á uno, no de orden de Sila, sino por codicia; por lo que reprobando este su conducta, no volvió á valerse de él para ningun negocio público. Tenia la partida de ser tan diestro para ganarse las gentes con la adulacion, como sujeto á que con la adulacion se le llevaran de calles. Era otra de sus propiedades, segun se dice,

el que siendo el mas codicioso de los hombres, aborrecia y censuraba á los que adolecian del mismo vicio.

no Mortificábale la felicidad y buena suerte de Pompeyo en sus empresas; el que hubiese triunfado antes de ser Senador, y el que los ciudadanos le apellidaran *Magno*, que quiere decir grande; y como en una ocasion dijese uno, ahí viene Pompeyo el grande, sonriéndose le preguntó, ¿como qué es de grande? Desconfiando pues de poder igualarle por la milicia, recurrió á las artes del gobierno, llegando á conseguir con su zelo, sus defensas, sus empréstitos, y con dar pareceres, y auxiliar en cuanto le pedian á los que tenian negocios públicos, un poder y una gloria que competian con los que habian granjeado á Pompeyo sus muchas y grandes victorias. Sucédiales una cosa singular; y era que el nombre y la autoridad de Pompeyo en la ciudad eran mayores cuando estaba ausente, á causa de sus prósperos sucesos en la guerra; y presente quedaba muchas veces inferior á Craso por su entonamiento y por su método de vida, huyendo de la muchedumbre, retirándose de la plaza pública, y no tomando bajo su amparo, y aun esto no con gran empeño, sino á pocos de los que á él acudian: á fin de conservar mas vigente su autoridad, cuando para sí mismo la hubiera menester. Mas Craso, que conocia la importancia de ser útil á los demas, y que no se hacia desear, ni escaseaba su trato, sino que siempre estaba pronto para toda suerte de negocios, con hacerse popular y humano triunfaba de aquel ceño y magestad. Por lo que hace á la nobleza de la persona, á la facundia en el decir, y á la gracia en el semblante, es fama que uno y otro tenian bastante atractivo. Ni aquella emulacion de que hemos hablado producía en Craso enemistad ó malquerencia, sino que sintiendo ver que Pompeyo y Cesar le eran antepuestos en los honores

no por eso acompañaban á este ajamiento de su amor propio, ni mal humor ni enemiga; y sin embargo de esto César, cuando en el Asia fue cautivado y puesto en custodia por los piratas: » ¡con cuanto gozo, » exclamó, recibirás, ó Craso, la noticia de mi cautividad! » Ello es que mas adelante contrajeron entre sí cierta amistad; y teniendo en una ocasion Cesar que pasar de Pretor á España, como le faltasen fondos, y los banqueros le incomodasen, habiendo llegado hasta embargarle las prevenciones de la expedicion, Craso no se hizo el desentendido, sino que le sacó del apuro, constituyéndose su fiador por ochocientos y treinta talentos. Finalmente, dividida Roma en tres partidos, el de Pompeyo, el de César y el de Craso (porque en Caton era mas la gloria que la autoridad, y mas bien era admirado que temido por poderoso); la parte juiciosa y sensata de la república cultivaba la amistad de Pompeyo; y la gente inquieta y fácil de mover se iba tras las esperanzas de César. Craso puesto entre ambos ya sacaba ventajas de una parte y ya de otra; y siguiendo las vicisitudes del gobierno, que se sucedian con frecuencia, ni era amigo seguro, ni enemigo irreconciliable, sino que con facilidad cedía en la gracia y en el odio según la utilidad lo exigia, siendo muchas veces en poco tiempo defensor é impugnador de los mismos hombres y de las mismas leyes. Contribuian á darle poder el favor y el miedo; pero este mas todavía: asi es que Sicinio, que tanto dió en que entender á todos los Magistrados y hombres públicos de su tiempo, preguntándole uno por qué causa con solo Craso no se metia, sino que le dejaba en paz, » este, le respondió, tiene heno en el cuerno, » aludiendo á la costumbre que tenian los Romanos, cuando habia un buey bravo, de ponerle un poco de heno en el cuerno, para que se guardasen los que le vieran.

La sedición de los gladiadores, y la devastacion de la Italia, á la que muchos dan el nombre de guerra Espartacense ó de Espartaco, tuvo entonces origen, con el motivo siguiente: un cierto Lentulo Baciato mantenía en Capua gladiadores, de los cuales muchos eran Galos y Traces; y como para el objeto de combatir, no porque hubiesen hecho nada malo, sino por pura injusticia de su dueño, se les tuviese en un encierro, se confabularon hasta unos doscientos para fugarse: hubo quien los denunciara; mas con todo los que llegaron á traslucirlo y pudieron anticiparse, que eran hasta setenta y ocho, tomando en una cocina cuchillos y asadores, lograron escaparse. Casualmente en el camino encontraron unos carros que conducían á otra ciudad armas de las que son propias de los gladiadores; robáronlos, y ya mejor armados tomando un sitio naturalmente fuerte, eligieron tres caudillos, de los cuales era el primero Espartaco, natural de Tracia, de un pueblo nomade; pero no solo de gran talento y extraordinarias fuerzas, sino aun en el juicio y en la dulzura muy superior á su suerte; y mas propiamente Griego que de semejante nacion. Se cuenta que cuando fue la primera vez traído á Roma para ponerle en venta, estando en una ocasion dormido, se halló que un dragon se le habia enroscado en el rostro; y su muger, que era de su misma gente, dada á los agüeros é iniciada en los misterios orgicos de Baco, manifestó que aquello era señal para él de un poder grande y terrible, que habia de venir á un término feliz. Hallábase tambien entonces en su compañía, y huyó con él.

La primera ventaja que alcanzaron fue rechazar á los que contra ellos salieron de Capua; y tomándoles gran copia de armas de guerra, hicieron cambio con extraordinario placer, arrojando las otras armas bárbaras y afrentosas de los gladiadores. Vino despues de Roma en su persecucion el Pretor Clodio

con tres mil hombres, y cercándolos en un monte que no tenía sino una sola subida muy agria y dificil, estableció en ella las convenientes defensas. Por todas las demas partes, el sitio no tenía mas que rocas cortadas y grandes despeñaderos; pero como en la cima hubiese parrales nacidos espontáneamente, cortaron los que se hallaban cercados, los sarmientos mas fuertes y robustos, y formando con ellos escalas consistentes y de grande extension, tanto que suspendidas por arriba de las puntas de las rocas tocaban por el otro extremo en el suelo, bajaron por ellas todos con seguridad, á excepcion de uno solo, que fue preciso se quedara á causa de las armas. Mas este las descolgó luego que los otros bajaron, y despues tambien él se puso en salvo. De nada de esto tuvieron ni el menor indicio los Romanos; y al hallarse tan repentinamente envueltos, sobresaltados con este incidente, dieron á huir, y aquellos les tomaron el campamento. Reuniéronseles alli muchos vaqueros y otros pastores de aquella comarca, gente de expeditas manos y de ligeros pies: asi armaron á unos, y á otros los destinaron á comunicar avisos, ó á las tropas ligeras. El segundo Pretor enviado contra ellos, fue Publio Voreno; y en primer lugar derrotaron á su legado Turio, que los acometió con dos mil hombres que mandaba. Despues, habiendo Espartaco sobrecogido bañándose junto á Salenas al consultor y colega de aquel, Cosinio, enviado con mas fuerzas, estuvo en muy poco que no le echase mano. Huyó al fin, aunque no sin gran dificultad y peligro: pero Espartaco le tomó el bagage, y persiguiéndole sin reposo, causándole gran pérdida, se hizo dueño tambien del campamento; y por último cayó en aquella refriega el mismo Cosinio. Venció igualmente al Pretor en persona en diferentes encuentros; y habiéndose apoderado de sus lictores y de su propio caballo, con esto adquirió ya gran fama, y se hizo

temible. Con todo echó como hombre prudente sus cuentas, y conociendo serle imposible superar todo el poder de Roma, condujo su ejército á los Alpes, pareciéndole que debian ponerse al otro lado, y encaminarse todos á sus casas, unos á la Tracia y otros á la Galia; mas ellos fuertes con el número y llenos de arrogancia, no le dieron oídos, sino que se entregaron á talar la Italia. En este estado no fue solo la humillacion y la vergüenza de aquella rebelion la que irritó al Senado, sino que por temor y por consideracion al peligro, como á una de las guerras mas arriesgadas y difíciles, hizo salir á aquella á los dos Cónsules. De estos Gelio, á las gentes de Germania, que por orgullo y soberbia se habian separado de las de Espartaco, cayendo sobre ellas repentinamente, del todo las deshizo y desbarató. Propúsose Lentulo envolver á Espartaco con grandes divisiones; pero él se decidió á hacerle frente, y dándole batalla, venció á sus legados, y se apoderó de todo el bagage. Retirado á los Alpes, fue en su busca Casio, Pretor de la Galia Cispadana, con diez mil hombres que tenia; pero trabada batalla, fue igualmente vencido, perdiendo mucha gente, y salvándose él mismo con gran dificultad.

Cuando el Senado lo supo, mandó con enfado á los Cónsules que nada emprendiesen, y se nombró á Craso General para aquella guerra; al cual por amistad y por su grande opinion acudieron muchos de los jóvenes mas principales para militar bajo sus órdenes. Entendió Craso que debía situarse en la region Picena, y esperar á Espartaco, que por allí habia de pasar; pero envió para observarlo á su legado Mumio con dos legiones, dándole orden de que puesto á su espalda siguiera á los enemigos, sin que de ningun modo viniera á las manos con ellos, ni aun hiciera la guerra de avanzadas; pero él apenas pudo concebir alguna esperanza, cuando trabó com-

bate y fue vencido; habiendo perecido muchos, y habiéndose otros muchos salvado, arrojando las armas en la fuga. Craso recibió á Mumio con la mayor aspezeza; y armando de nuevo á los soldados, les hizo dar fianzas de que conservarían mejor aquellas armas. A quinientos, los primeros en huir y los mas cobardes, los repartió en cincuenta décadas, y de cada una de ellas hizo quitar la vida á uno, á quien cupo por suerte, restableciendo este castigo antiguo de los soldados interrumpido tiempo habia; el cual, ademas de ir acompañado de infamia, tiene no sé qué de terrible y de triste, por ejecutarse á la vista de todo el ejército. Despues de dado este ejemplo de severidad guió contra los enemigos; mas en tanto Espartaco se encaminaba por la Lucania hácia el mar; y encontrándose en el puerto con unos piratas Cilicianos intentó pasar á la Sicilia, é introducir dos mil hombres en aquella isla, con lo que habria vuelto á encender en ella la guerra servil, poco antes apagada, y que con pequeño cebo hubiera tenido bastante. Convinieron con él los de Cilicia, y recibieron algunas dádivas; pero al cabo lo engañaron, haciéndose sin él á la vela. Movié otra vez del mar, y sentó sus reales en la península de Regio; adonde acudió al punto Craso, y hecho cargo de la naturaleza del sitio que estaba indicando lo que habia de hacerse, se propuso correr una muralla por el istmo, sacando con esto del ocio á los soldados, y quitando la subsistencia al enemigo. La obra era grande y difícil; pero contra toda esperanza la acabó y completó en muy poco tiempo, abriendo de mar á mar por medio del estrecho un foso, que tenia de largo trescientos estadios, y de ancho y profundo quince pies; y sobre el foso construyó un muro de maravillosa altura y espesor. Espartaco al principio no hacia caso, y aun se burlaba de estos trabajos; pero llegando á faltarle el botin, y querien-

do salir, entonces echó de ver que estaba cercado; y como de aquella estrecha península nada pudiese recoger, aguardando á que viniera una noche de nieve y ventisca, cegó una pequeña parte del foso con tierra, con leños y con ramage, y por allí pudo pasar el tercio de su ejército.

Temió Craso no fuera que Espartaco concibiera el designio de marchar sobre Roma; mas luego se tranquilizó, habiendo sabido que muchos le habian abandonado por discordias que con él tuvieron, y formando ejército aparte se habian acampado junto al lago Lucano; del que se cuenta que por tiempos se muda, teniendo unas veces el agua dulce, y otras salada, en términos de no poderse beber. Marchando Craso contra estos, los retiró de la laguna; pero le impidió que los destrozase y persiguiese el haberse aparecido de pronto Espartaco con disposiciones de retirarse precipitadamente. Tenia escrito al Senado que era preciso hacer venir á Luculo de la Tracia, y á Pompeyo de la España; mas arrepentido entonces, se apresuró á dar concluida la guerra antes que aquellos llegasen; conociendo que la victoria se atribuiria al recien venido que habia dado socorros. Resolvió por tanto acometer primero á los que se habian separado de Espartaco, y que hacian campo á parte, siendo sus caudillos Cayo Canicio y Casto; y para ello envió á unos seis mil hombres con orden de que hicieran lo posible por tomar con el mayor recato cierta altura; pero aunque ellos procuraron evitar que los sintiesen, enramando los morriones, al cabo fueron vistos de dos mugeres que estaban haciendo sacrificios por la prosperidad de los enemigos; y hubieran corrido gran peligro, á no haber sobrevenido con la mayor celeridad Craso; y empeñado una de las mas recias batallas; en la que habiendo sido muertos doce mil y trescientos hombres, se halló que dos solos estaban heridos por la

espalda, habiendo perecido los demas en sus mismos puestos, guardándolos y peleando con los Romanos. Retirábase Espartaco despues de la derrota de estos hácia los montes Petelinos; y Quinto y Escrofas, legado el uno y cuestor el otro de Craso, le perseguian muy de cerca; mas volviendo contra ellos, fue grande la fuga de los Romanos, que con dificultad pudieron salvar mal herido al cuestor; y justamente este pequeño triunfo fue el que perdió á Espartaco, porque inspiró osadía á sus fugitivos; los cuales ya se desdenaban de batirse en retirada, y no querian obedecer á los gefes, sino que poniéndoles las armas al pecho cuando ya estaban en camino, los obligaron á volver atras y á conducirlos por la Lucania contra los Romanos, obrando en esto muy á medida de los deseos de Craso; porque ya habia noticias de que se acercaba Pompeyo, y no pocos hacian correr en los Comicios la voz de que aquella victoria le estaba reservada; pues lo mismo seria llegar que dar una batalla, y poner fin á aquella guerra. Dándose por tanto priesa á combatir y á situarse para ello al lado de los enemigos, hizo abrir un foso, el que vinieron á asaltar los esclavos para pelear con los trabajadores; y como de una y otra parte acudiesen muchos á la defensa, viéndose Espartaco en tan preciso trance, puso en orden todo su ejército. Habiéndole traído el caballo, lo primero que hizo fue desenvainar la espada, y diciendo si venciere tendré muchos y hermosos caballos de los enemigos, mas si fuere vencido no lo habré menester, lo pasó con ella. Dirigióse en seguida contra el mismo Craso por entre muchas armas y heridas; y aunque no penetró hasta él, quitó la vida á dos centuriones que se opusieron á su paso. Finalmente dando á huir los que consigo tenia, él permaneció inmóvil; y cercado de muchos, se defendió hasta que lo hicieron pedazos. Tuvo Craso de su parte á la for-